

CENTRO EDITORIAL DE OBRAS ILUSTRADAS.—MADRID

---

EL MANUSCRITO

DE

# UNA MADRE

NOVELA DE COSTUMBRES

su autor

ENRIQUE PEREZ ESCRICH

ILUSTRADA CON LAMINAS TIRADAS APARTE Y DIBUJADAS

POR

D. Eusebio Planas



—————  
Cuaderno 36 de ocho entregas  
—————

MADRID

JOSE ASTORT Y COMPAÑIA, EDITORES

Calle de las Hileras, número 14

1873

L47  
2252

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

CHICAGO, ILL.

# UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

CHICAGO, ILL.

1900

UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

CHICAGO, ILL.

CHICAGO, ILL.



CHICAGO, ILL.

UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

CHICAGO, ILL.

CHICAGO, ILL.

1900

—Es una amenaza que me ha hecho hace un instante, y que te juro que ha helado la sangre de mis venas.

—¡Diantre! ¿Y qué amenaza es esa?

—Oyela, y admira el ingenio de ciertas mujeres. Marieta me ha dicho, que si la dejo se decide desde mañana á hacer el amor á mi respetable tío, con el objeto de que me retire su proteccion y me cierre su bolsa; y ya comprenderás, querido marqués, que si esta amenaza se realizara, yo me encontraria poco ménos que pobre de solemnidad, y ya sabes que á nosotros la pobreza nos produce un efecto horripilante.

—Efectivamente, la amenaza es terrible. Porque ¿qué no conseguirá Marieta cuando se proponga enloquecer á un hombre?

—Y sobre todo, un hombre como mi tío, un pobre viejo que nunca ha amado, que no tiene otra ocupacion que aculatar pipas; y cuando el amor entra por primera vez en un pecho de sesenta años, produce efectos espantosos. Pero ¿por qué me preguntabas que cuándo concluia con Marieta?

—Porque deseaba que en tu testamento de amor me nombraras tu heredero.

—Tú eres rico y j6ven; procura desbancarme.

—Eso es bastante difícil, sobre todo hoy que acabas de regalarle un aderezo de diamantes.

—Lo único que yo puedo hacer por tí, es volverme exigente, avaro y gruñon.

—¡Oh! si hicieras eso, casi estoy por asegurarte que antes de ocho dias me convidaba á cenar Marieta.

—Poca confianza te inspira la firmeza de mi querida.

—¡Ah! querido baron, en estos casos la conciencia es una señora ridícula, que todo el mundo se rie de ella.

—Dices bien; no hay que tener fe en los corazones que bailan sobre los tablados de los teatros.

—Pero ¡calla!—dijo el marqués, calándose los guantes y mirando hácia la puerta.—¡No es aquel el duque de San Plácido?

—El mismo en cuerpo y alma.

—¿Conoces al que le acompaña?

—Sí; un modesto empleadillo, hermano de una muchacha muy linda por cierto. Pero como el duque es tan demócrata y tan artista...

—Se ha hecho amigo del hermano, enamorado de la parte estética de la hermana,—añadió el marqués riéndose.

—¡Quién sabe, tal vez tengas razon!

## CAPÍTULO IX

### Donde Julio encuentra lo que busca

El duque de San Plácido y Julio, tan pronto como entraron en el salon, vieron á Ernesto.

—Aquí está lo que buscamos,—dijo el duque en voz baja.

—Sí, ya le veo. Pero no está ella.

—¿Quién es ella?

—Toma, mademoiselle Marieta: una bailarina encantadora, que es en la actualidad la querida de Ernesto.

En este momento se oyeron grandes risas á la puerta del salon, y pronto entraron doce ó catorce mujeres, que como alegres mariposas se extendieron por el local en busca de sus amantes.

Marieta, que era una de las que habían invadido el salon, agradecida del reciente regalo que acababa de hacerle Ernesto, fué á sentarse á su lado. El marqués se separó de su amigo, dejándole el campo.

Julio dirigió una mirada hácia el divan donde se hallaban Ernesto y Marieta dulcemente entretenidos hablando en voz baja.

Habia bastante gente en el salon.

—Creo, querido duque,—dijo Julio en voz baja,—que la ocasion es oportuna para llevar adelante el plan que he concebido.

—¿Pero qué diablos piensa usted hacer?—preguntó el duque con marcada curiosidad.

—¿No estamos en el teatro?

—¿Quién lo duda!

—Pues bien; preparo un golpe de efecto, pero de un efecto inesperado, que va á causar un gran asombro al baron de Labra, tratándose de mi humilde persona, que siempre ha sido inofensiva. Así pues, ruego á usted que me deje solo algunos segundos; esta separacion será breve; pero le suplico al mismo tiempo que no se ausente del salon, ó por mejor decir, que no me pierda de vista, pues puedo necesitarle de un momento á otro para que tome parte en mi asunto.

El duque comenzó á comprender de lo que se trataba, y cogiendo con cierto interés una mano de Julio, le dijo en voz baja:

—No olvide usted, amigo mio, que Ernesto maneja admirablemente las armas.

—¡Bah!—contestó con cierta indiferencia Julio;—si llega el caso grave, ya procurarán mis padrinos arreglar las condiciones de un modo equitativo para los dos.

Y Julio, estrechando cariñosamente la mano del

duque, le saludó con una sonrisa, diciéndole al mismo tiempo:

—No me pierda usted de vista, puedo necesitarle.

Julio, al separarse del duque de San Plácido, se dirigió hácia el divan en donde se hallaban Ernesto y Marieta, que embebidos en su conversacion, no se apercibieron hasta tenerle á su lado.

El baron, á quien no hizo gracia la presencia de un testigo, que por otra parte le era poco simpático, levantó la cabeza, y fijando una mirada algo dura en Julio, añadió con sequedad:

—¿Qué se ofrece?

Julio no le respondió; pero continuó mirando con provocativa insolencia y sonrisa desdeñosa en los labios á Marieta, en cuyos hermosos ojos se advertia el asombro que aquella curiosidad intempestiva la causaba.

Ernesto conocia á Julio, y no ignoraba que era un muchacho tan modesto como bien educado, extrañándole sobremanera verle faltar en aquel instante á todas las reglas de la urbanidad y del respeto que se debe á las señoras.

—¿Ha perdido usted el uso de la palabra, jóven?— preguntó el baron, fijando una mirada provocativa en Julio.

—Cuando uno encuentra ante su paso á una belleza sobrehumana, siente necesidad de entregarse por completo á la contemplacion, ó por mejor decir, á la admiracion de tan precioso tesoro.

Julio contestó estas palabras con mucha calma, sin desorientarse ante la mirada provocativa de Ernesto.

Marieta escuchaba á aquel hombre con cierta mezcla de complacencia y admiracion.

Ernesto no podia explicarse por qué Julio, cuya modestia le era conocida, dedicaba por decirlo así aquellos elogios á quema-ropa á su querida.

—¡Ah! segun parece, encuentra usted muy hermosa á Marieta?—preguntó Ernesto.

—Y tanto,—repuso Julio,—que se ha apoderado de mí un irresistible deseo de ser el dueño de tanta gracia, de tanta hermosura, aun á despecho de su amante el baron de Labra.

Ernesto se estremeció, palideció notablemente; pero conteniendo la tempestad que en su alma habian levantado aquellas palabras provocativas, dejó asomar á sus labios una sonrisa desdeñosa, y dijo:

—Eso no es imposible, pero tampoco es fácil.

—¡Ah! en cuanto la hermosa Marieta se convenza de la diferencia que hay de un corazon de oro á un corazon de cieno, la victoria será mia. ¿No es verdad, encantadora sílfide?

Y Julio extendió la mano, con intencion sin duda de coger la preciosa barba de la bailarina.

Ernesto cogió bruscamente aquella mano, que iba á inferirle un nuevo insulto al acariciar el rostro de su querida.

—¿Viene usted á buscar un lance conmigo?—le preguntó en voz baja, pero conmovido y trémulo.

—Vengo á robarle á usted su querida,—contestó Julio sin inmutarse,—porque usted es indigno, señor baron, de poseer semejante tesoro.

Ernesto, ciego ya de cólera ante aquel nuevo insulto, levantó la mano derecha para castigar la insolencia de Julio; pero este detuvo el golpe, y cogiendo aquel brazo que le amenazaba y sacudiéndole con fuerza, despidió al baron con tal violencia, que fué á caer descompuesto junto á un divan, á tiempo que Marieta lanzó un grito de espanto.

Ernesto se levantó rugiendo de ira, y abalanzándose sobre Julio, exclamó:

—¡Yo mataré á ese hombre!

Julio, que esperaba á su enemigo sin descomponerse, le cogió con asombrosa rapidez por las solapas del frac, y agitándole con violencia, le dijo, soltando al mismo tiempo una carcajada:

—Tú eres demasiado cobarde para matar á nadie.

En este momento, los gritos de Marieta aumentaron. Todo el mundo tomó parte en aquel escándalo; fueron separados los dos combatientes, y un murmullo general de asombro se extendió por el salon.

Entonces Julio, levantando la voz é indicando con la mano á los que le ródaban que se tranquilizaran, dijo:

—Señores, esto no es nada, y como creo que el señor baron de Labra es un caballero, ó al ménos lo parece, no tengo que indicarle yo cómo se arreglan éstos negocios.

Y dirigiendo la palabra al duque de San Plácido, añadió:

—Señor duque, hágame usted la honra de entenderse con Ernesto.

Y diciendo esto, sacó un cigarro de la petaca, y fué á sentarse en uno de los divanes del extremo opuesto del salon.

Los concurrentes continuaron comentando el escándalo, formando corrillos.

Un lance de esta naturaleza en los teatros, siempre es entretenido. Hay algo de qué hablar durante cuarenta y ocho horas.

¿Qué importa á los desocupados que se mate un hombre? ¡Hay tantos de sobra!...

Los amigos de Ernesto, que le rodeaban, habian procurado tranquilizarle.

Marieta, la heroina de aquel escándalo, hablaba con cuatro ó seis bailarinas, refiriéndoles detalladamente todo lo que habia sucedido.

Mientras tanto, el duque de San Plácido se acercó al círculo donde estaba Ernesto.

Todos habian oido claramente que Julio le habia elegido por su padrino.

—¡Ah! señor duque,—dijo Ernesto al verle;—mucho lo siento, pero me veo en la necesidad de matar á su ahijado de usted.

—O de morir, querido baron, porque nadie es capaz de afirmar lo que sucederá en un duelo.

Ernesto se encogió de hombros, y dirigiendo la palabra al marqués, añadió:

—Ten la bondad de entenderte con el señor duque. Busca tú mismo otro compañero que me represente; pero no olvidéis que yo quiero que el duelo se efectúe á muerte, y que como soy el agraviado, elijo la pistola.

Quiero batirme mañana; os espero por consiguiente en casa de Marieta, en donde cenaremos juntos.

Ernesto se levantó, saludó á sus amigos, fué adonde estaba la bailarina, y dándola el brazo, la dijo en voz baja:

—Vamos á tu cuarto; tengo que hablar contigo.

Mientras tanto, el duque de San Plácido, sentándose en un divan, comenzó á arreglar las condiciones del duelo á muerte entre el baron de Labra y Julio de Monforte.

D. Eusebio Planas

SEGUNDA PARTE

FIN DEL TOMO TERCERO

TOMO IV

MADRID

JOSE ANTOY Y COMPAÑIA EDITORES

CALLE DE SAN ESTEBAN, NUMERO 15

1874



EL MANUSCRITO  
DE  
UNA MADRE

NOVELA DE COSTUMBRES

SU AUTOR

ENRIQUE PEREZ ESCRICH

ILUSTRADA POR

D. Eusebio Planas

SEGUNDA PARTE

TOMO IV

MADRID

JOSÉ ASTORT Y COMPAÑÍA, EDITORES

Calle de las Hileras, número 14

1873

EL MANUSCRITO

DE

# UNA MADRE

NOVELA DE COSTUMBRES

DE SU AUTOR

ENRIQUE PEREZ ESCRICHA

ILUSTRADA POR

D. Eusebio Planas

SEGUNDA PARTE

TOMO IV

MADRID

JOSE ASTORT Y COMPAÑIA EDITORES

Calle de las Hileras, número 14

1873

Escrito impertinente

## EL MANUSCRITO DE UNA MADRE

de las siguientes: *El hijo único* — *Christina*.

Encuéntrase, por compra el final de la obra la  
hoja que corresponde, para que los escritores le suscri-  
ban al manuscrito.



## Errata importante

---

En la página 607 de este tomo, por haberse trocado una cuartilla perteneciente al final del tomo cuarto, se lee lo siguiente: *Libro último.—Conclusion.*

Daremos, por consiguiente, al final de la obra la hoja que corresponde, para que los suscritores la sustituyan al encuadernarla.



CAPITULO PRIMERO

LIBRO DÉCIMO

DESPUES DE LA ORGÍA, EL DUELO

~~~~~

Quando Marieta entró en su cuarto, arrojándose al  
cuello de Ernesto, le preguntó con acento conmovido:  
—¿Por qué me has tratado así con esta brutalidad?  
—Si, hijo mio, voy a batirme, y espero contigo de  
un modo heroico y valeroso.  
—¿Pero y si él te mata?  
—¡Maldito sea el que sea tan fiero!  
—Sin embargo, cuando dos hombres se ponen uno  
frente a otro con armas iguales...  
—¡Las remollet yo se las he batido esta noche. Ya  
sabes que el hijo de puta se portó como un  
—¡Si, si, ya lo sé, toda la culpa es suya.  
Y como Marieta se llevó las manos a los ojos para  
taparse las lágrimas, Ernesto, volviendo su brazo por la

LIBRO DÉCIMO

---

DESPUES DE LA ORGIA, EL DUELO

---

## CAPÍTULO PRIMERO

**En el cuarto de la bailarina**

—Pero ¿vas á batirte con ese hombre?

—Sí, hija mia, voy á batirme, y espero castigar de un modo duro su insolencia.

—¿Pero y si él te mata?

—Bah! eso no es tan fácil.

—Sin embargo, cuando dos hombres se ponen uno frente á otro con armas iguales...

—¿Qué remedio! yo no he buscado este lance. Ya sabes que él ha venido á provocarme.

—Sí, sí, ya lo sé, toda la culpa es suya.

Y como Marieta se llevase las manos á los ojos para enjugar las lágrimas, Ernesto, rodeando su brazo por la

cintura, besó los hermosos cabellos de la bailarina, diciéndole al mismo tiempo con alegre entonación:

—Vamos, Marieta, no quiero verte triste, no quiero que tus hermosos ojos se empañen con las lágrimas. Confía en mí, y ten la seguridad de que castigaré á ese insolente.

Y cambiando de entonación, añadió:

—No olvides que esta noche me has convidado á cenar, y que yo quiero pasarla alegre y feliz en tu compañía.

—Pues yo te aseguro,—dijo la bailarina,—que no tendré humor para nada. ¡Cómo quieres que me ria, que esté contenta y alegre, cuando sé que corre peligro tu existencia?

—Tu desconfianza me ofende, Marieta. Parece como que dudas de la destreza de mi brazo y del valor de mi corazón.

—¡Oh! no, no; ya sé que eres valiente, ya sé que eres diestro en el manejo de las armas; pero me disgusta que arriesgues tu vida, porque te amo.

Y la bailarina, dejándose llevar de uno de estos entusiasmos hijos del amor, se arrojó al cuello de su amante, aumentando sus lágrimas y sus suspiros.

Ernesto amaba á aquella mujer como se ama á una querida jóven y bonita, y no dejaba de halagarle el interés que le demostraba.

—No olvides, Marieta,—añadió Ernesto en son de broma,—que aún tienes que presentarte en el tercer acto ante el público, que embelesado con tu sonrisa y tu gracia, no conciba las lágrimas en tus ojos ni la pa-

lidez en tus mejillas. Vuelvo á repetírtelo; tranquilízate, y mientras yo dispongo algunas cosas para que cenén dos amigos con nosotros, te ruego que convides á dos de tus compañeras, para que sea más amena la función. Pasaremos en tu casa hasta el amanecer, y las dulces libaciones del champagne, y el fuego de tus hermosos ojos, darán á mi brazo toda la destreza y valor de que necesita para salir airoso en el duelo. Así pues, adios, querida mia. Volveré á buscarte antes de terminar la función, para conducirte en mi carruaje á tu casa.

Y Ernesto, desprendiéndose de los brazos de Marieta, salió de su cuarto.

Cuando la bailarina se quedó sola fué á colocarse delante del espejo de su caprichoso tocador; se enjugó cuidadosamente los ojos, arregló un poco su descompuesto peinado, y apoderándose de su caja de colores, retocó con mano maestra su semblante, ensayando de vez en cuando encantadoras sonrisas ante el espejo.

El público la esperaba, y era preciso olvidar los gemidos y las lágrimas, porque el amor de las mujeres como Marieta, generalmente es voluble como el vuelo de la mariposa.

Durante el tercer acto, mientras la encantadora bailarina recibia los aplausos y los bravos de entusiasmo del público, Ernesto se habia hecho conducir á su casa precipitadamente.

Ventura, que le esperaba en su habitacion, extrañándose de que su amo regresase tan temprano aquella

noche, como era un criado que se tomaba ciertas familiaridades con su amo, le preguntó:

—¿Qué ocurre, señorito?

—Nada; sencillamente, que me bato mañana.

—¡Diablo!—exclamó Ventura, retrocediendo un paso;—pues no me parece eso nada sencillo.

—Para mí sí; ¡me he batido tantas veces! Pero no perdamos el tiempo: esta noche cenó en casa de Marieta con unos amigos. Ventrás allí á reunirme conmigo tan pronto como termines las comisiones que voy á darte. En primer lugar, no quiero que mi tío sepa nada de este duelo.

—Está bien; no sabrá nada, ó por lo ménos nada le diré yo.

—Coges mi caja de pistolas; te apoderas del primer coche que encuentres al paso, te diriges á casa de Lhardy, y compras algunas friolerillas para reforzar la cena que ya me tenia dispuesta Marieta. No te olvides de una cabeza de javalí trufado que he visto esta tarde en el escaparate, un botecito de *salsa tártara* y un par de tarros de *patefroid*. ¡Ah! que te pongan en una cesta media docena de botellas de vino añejo de Borgoña. En fin, lo que quierás; toma.

Y el baron, al decir esto, sacó de su cartera cuatro billetes de mil reales, que entregó á Ventura, añadiendo:

—Te prevengo que empezaremos á cenar á la una de la noche, y que á esa hora quiero que estés ya en casa de Marieta con todos mis encargos concluidos.

Y Ernesto salió precipitadamente de su habitacion,

bajó al portal, donde le esperaba el coche, y se hizo conducir de nuevo al teatro de la Opera.

Ernesto llegó aún á tiempo: la funcion terminaba al subir él las escaleras que conducian al cuarto de Marieta.

—¿Has convidado á dos de tus amigas?—le preguntó.

—Que aceptaron con mucho gusto.

—¿Y quiénes son?

—Pitt la inglesa, y Max la alemana.

—Has tenido una buena elección; son dos rubias encantadoras.

—¿Ya me das celos antes de empezar la cena?—dijo Marieta.

—Esta noche te juro que seré todo tuyo,—contestó Ernesto.

—¿Esta noche nada más?

—¿Te parece poco?... Veo, querida Marieta, que tienes una ambicion desmesurada. ¿Quién es capaz de decir lo que va á sucederme mañana?... Además, yo no puedo ofrecerte más que el presente; pues el porvenir, para un hombre que va á batirse, es un problema.

Esta conversacion la sostenian Ernesto y Marieta separados por una cortina de seda, detrás de la cual esta se quitaba sus gasas y sus guirnaldas de flores ayudada por su doncella.

El que tiene la costumbre de estar familiarizado con esa vida íntima de bastidores, sabe cuántos deseos y cuántas ilusiones alimentan esas débiles murallas de

seda, de terciopelo ó de lana, detrás de las cuales se visten y desnudan las mujeres de teatro.

¡Cuántas miradas de codicia traspasan á veces impudentemente á través de las mal cerradas cortinas, para fijarse en el alabastrino hombro ó desabrigada espalda de una artista! Y si aquella espalda ó aquel hombro tienen la belleza estética que el buril del escultor trasmite á la estatua de Venus, entonces el vértigo se apodera de la imaginacion del amante, y no es difícil que de locura en locura, el hombre que se ha creído bastante rico para reirse del porvenir, acabe, devorado por los acreedores, levantándose la tapa de los sesos en una noche de insomnio y de desesperacion.

Marieta estaba tan acostumbrada á cambiar de traje como de amantes, y aunque no tenia nada que ocultarle á Ernesto, le mantuvo con sus encantadoras amenazas á la parte exterior de la cortina.

Apenas emplearia doce minutos en cambiar de traje, y Ernesto la vió salir de su deleznable santuario con su elegante sombrero de terciopelo echado sobre las cejas, y envuelta en su rico abrigo de piel de Marta.

—¡Gracias á Dios!—exclamó el baron.

—¿He tardado mucho?

—No; pero tengo un hambre bestial.

—Entonces vamos á cenar cuando gustes,—dijo la bailarina.

—¿Y tus amigas?

—Pitt y Max vendrán á casa con el coche de la empresa.

—Sentiria mucho que faltaran.

—¡Oh! descuida, cuando se trata de cenar y de comer bien, no faltan nunca mis amigas.

Ernesto dió el brazo á Marieta para conducirla hasta el coche, que les esperaba á la puerta del teatro.

## CAPITULO II

## Antes de la cena

Marieta habitaba un cuarto principal de la calle de Bordadores.

Se había encargado de ~~mantener~~ el tapicero del teatro, mediante una cantidad mensual, que por entonces pagaba el baron de Lara. Por una de esas cosas novelescas, donde al príncipe, estanco y los filátes bordados, añaden la escasez de piezas, muchas veces necesarias.

Poro Marieta adlo tenía dos habitaciones simétricas, el comedor y su gabinete; le servían la comida de la fonda de las Cuatro Naciones, y en su cocineras veces se encontraba fuego.

Vivia sola con una doncella, que le servía para todo; una muchacha italiana que sabía pintarla admirablemente, y recibía á sus amigos con exquisita simpatía; se llamaba Corina. Tal vez este era el nombre de guerra de aquella muchacha.

La noche que nos ocupa, como Marieta debía de ce-

## CAPÍTULO II

---

### Antes de la cena

Marieta habitaba un cuarto principal de la calle de Bordadores.

Se había encargado de amueblarlo el tapicero del teatro, mediante una cantidad mensual, que por entonces pagaba el baron de Labra. Era una de esas casas novelescas, donde al bruñido, estuco y los filetes dorados, suplen la escasez de piezas, muchas veces necesarias.

Pero Marieta sólo tenía dos habitaciones amuebladas, el comedor y su gabinete; le servían la comida de la fonda de las *Cuatro Naciones*, y en su cocina raras veces se encendía fuego.

Vivia sola con una doncella, que la servía para todo; una muchacha italiana que sabía peinarla admirablemente, y recibía á sus amigos con exquisita amabilidad; se llamaba Corina. Tal vez este era el nombre de guerra de aquella muchacha.

La noche que nos ocupa, como Marieta daba de ce-

nar á sus amigos, habia dispuesto que dos camareros de la fonda lo arreglaran todo, y como para ciertas gentes cenar en las noches de invierno careciendo del grato calor de la chimenea es insoportable, la bailarina habia dado sus órdenes para que, tanto su gabinete como el comedor, tuvieran sus chimeneas encendidas para las once de la noche.

Muchas mujeres como Marieta viven de un modo que no comprenden ni conocen ciertas madres de familia.

Para una mujer verdaderamente hacendosa, verdaderamente casera, lo primero es tener, como vulgarmente se llama, una *balería de cocina*; no comprenden una casa sin que esta dependencia esté perfectamente servida. Marieta, por el contrario, creía que la cocina era una habitación que estaba de más.

Entre los verdaderos enamorados del hogar doméstico, entre aquellos que colocan á la familia por encima de todo, es una cuestion de alta importancia el arreglo de los basares. ¿Pero qué le importaba á Marieta tener pucheros y cazuelas, sartenes y cacerolas, platos, tazas y demás enséres de cocina, mientras tuviera amantes que pagaran en la fonda comestibles condimentados, que le mandaban dos ó tres veces al dia?

Además, la costumbre forma una segunda naturaleza, y Marieta hacia muchos años que vivia de aquel modo.

Pero siendo justos, debemos decir, que si bien en su casa no habia más que dos piezas amuebladas, estas lo estaban con un gusto, con una delicadeza exquisita,

que no hubieran hecho desear nada á la mujer más ex-  
crupulosa.

El gabinete-tocador de Marieta era un nido verdadera-  
mente caprichoso, donde se respiraban los perfumes  
de Oriente y se pisaba sobre mullidas alfombras de Per-  
sia. Habia dos divanes de raso azul, inventados sin du-  
da por el génio caprichoso de la comodidad. Sobre la  
ancha piedra de mármol negro de Bélgica que corona-  
ba el remate de la chimenea, veíanse multitud de ca-  
prichosas superfluidades en derredor de un precioso re-  
loj de bronce antiguo, que representaba á Apolo ro-  
deado de sus hermanas las Musas.

En el fondo de esta habitacion se hallaba la cama  
de la moderna Tersícure, cubierta por un elegante pa-  
bellon de seda cruda de China, bordada de mariposas  
y pájaros de vivísimos colores, de torzal. A los piés  
de la cama, que era de bronce dorado al fuego, se ha-  
llaba una pequeña fuente de mármol blanco, llena de  
agua de Colonia.

Sobre un magnífico velador de palo santo, colo-  
cado entre las dos butacas de enfrente de la chimenea,  
veíase una artística jaula de marfil con adornos de oro.  
Dentro de esta jaula, un precioso pájaro americano, de  
un tamaño diminuto, batía sus alas y movia su pico,  
produciendo una especie de música melodiosa, debida  
al admirable mecanismo que encerraba dentro de él.

Era un pájaro de música, que cantaba siempre á vo-  
luntad de su dueña, regalo que un rico norte-america-  
no, gran admirador de las gracias de Marieta, le habia  
hecho una noche de su beneficio en Boston.

La lámpara de cristal de roca que colgaba del artesonado techo, era tambien una obra de arte.

Por do quiera que se dirigian los ojos en aquella habitacion, se admiraba el gusto de su dueño. Aquel gabinete no era otra cosa que un bazar lleno de recuerdos de las aventuras galantes de la bailarina.

Si nosotros quisiéramos entretenernos en detallar todo lo que el amor habia reunido en aquel precioso local, podríamos escribir muchos volúmenes.

Pero dejando el gabinete, donde tal vez no volveremos á entrar la noche que nos ocupa, dirijámonos al comedor, donde acaban de entrar Ernesto y Marieta.

La mesa estaba elegantemente servida; pero aunque Marieta cuando convidaba á alguno de sus amantes tenia la costumbre de que sobrara de todo, aquella noche, por una circunstancia inesperada, iban á reunirse cuatro convidados más, con los que no se contaba.

—¡Oh, Dios mio!—exclamó Marieta,—mucho temo matar esta noche de hambre á mis convidados.

—No te apures por eso,—añadió Ernesto sonriendo;—pues sospechando lo mismo, he tomado mis medidas.

—¿Tus medidas?

—Sí; he mandado á Ventura á casa de Lhardy, y espero verle venir antes de poco con una cabeza de javalí, con trufas y algunas otras frioleras.

—Eres un hombre previsor, y creo que te has ganado un beso.

Y Marieta, diciendo esto, aplicó sus hermosos labios á la frente de Ernesto.

—Ahora,—añadió,—mientras tú te fumas un cigarro al amor de la chimenea, yo voy á ponerme un traje de casa.

—No tardes mucho; cuando no estoy á tu lado, me parece el tiempo insufrible.

—Vuelvo al momento. Ven, Corina.

La doncella cogió una bujía, y salió delante alumbrando á su ama.

Ernesto se sentó en una butaca junto á la chimenea, sacó la petaca y encendió un cigarro.

Por un momento, la frente del baron, antes risueña y alegre, comenzó á tomar un tinte de profunda melancolía, y era sin duda que, á través del ceniciento humo de su cigarro, que al salir de su boca se elevaba en espiral hácia el techo, veía claramente los grandes peligros del hombre que debe batirse á las pocas horas.

La intemperancia inoportuna de Julio le demostraba que el hermano de Blanca habia ido expreso al teatro Real á provocarle.

Esta provocacion debia ser hija de una resolucion firme, de un plan meditado.

Ni él odiaba á Julio, ni creia ser odiado por él. ¿Por qué, pues, se colocaba en su camino, provocándole de aquel modo?

Una sospecha cruzó por su mente, y una sonrisa amarga y desdeñosa asomó á sus labios.

—¿Tendrá algo que ver en este fatal contratiempo

mi hermosa prometida la hija del general Lostan?—se dijo.—¡Quién sabe!

Esta sospecha se arraigó de un modo tenaz en la mente de Ernesto; pero de pronto la rechazó como si la creyese calumniosa para Clotilde.

—No, no,—se dijo,—no es ella. Julio debe grandes favores al general Lostan, y el general Lostan ha demostrado siempre una gran repugnancia en concederme la mano de su hija; y únicamente la imposición poderosa del conde de la Fe ha vencido los marcados escrúpulos del que en breve será mi suegro; y más fácil es que él...

Y Ernesto, haciendo un movimiento de cólera, como si quisiera desecher tristes pensamientos, añadió:

—Sea lo que sea, todo se reduce á que yo siento la mano y castigue á ese insolente, lo cual creo que no ha de serme muy difícil.

Después de estas reflexiones, el baron de Labra continuó fumando su cigarro, y trascurrieron unos veinte minutos.

Marieta se entretenía demasiado en su tocador, y comenzó á sentir impaciencia. Afortunadamente, la voz de su criado Ventura, que le pedía permiso para entrar, le distrajo.

—Adelante,—dijo Ernesto.

Ventura se presentó en el comedor llevando una gran bandeja de metal blanco, sobre la que descansaba una enorme cabeza de javalí trufado.

—¡Bravo! Hemos conseguido la cabeza de ese indómito morador de la selva. Esto es siempre un gran re-

fuerzo para la mesa de Marieta. Supongo que traerás algo más.

—Traigo dos preciosos faisanes de los Alpes, adornados de jaletina.

—Veo que eres un hombre útil. Entra los faisanes, y los colocaremos sobre la mesa. Pero avisa á los dos camareros, que deben estar en la antesala, para que nos ayuden.

Ocho minutos bastaron para transformar completamente la mesa, en el centro de la cual campeaba la robusta cabeza del cerdoso javalí, á la que hacian compañía los dos hermosos faisanes dorados de los Alpes.

Solamente estos dos platos, á los que rodeaban media docena de botellas de Borgoña añejo, eran muy suficientes para despertar la gula al hombre más sóbrio é inapetente.

Ventura habia traído tambien una enorme langosta de Mallorca y algunas frioleras más, que se colocaron en una segunda mesa del comedor.

Por muy hambrientos que estuviesen los convidados, tenian suficientes manjares para proporcionarse una indigestion.

Cuando Marieta entró en el comedor y se aperció del notable cambio que habia sufrido la mesa, no pudo ménos de aplaudir con el aturdimiento de una niña.

—¡Oh! eres un hombre admirable, Ernesto. Mis convidados no tendrán motivo para decir que en mi casa se come mal, y tú sabes lo difícil que es entre gente de buen tono saber comer.

Mientras Marieta pronunciaba estas palabras, Er-

nesto no apartaba de ella los ojos, porque aquella mujer estaba verdaderamente encantadora. Vestía una bata de terciopelo negro con adornos de raso blanco, ceñida al cuerpo de un modo tan elegante, que dibujaba perfectamente sus bellas formas.

Su pelo, negro como el azabache y brillante como el acero, la caía formando cuatro tirabuzones sobre los hombros y la espalda.

Una multitud de pequeños rizos le caía sobre la frente como una finísima blonda de encaje, y en medio de estos rizos, colocada con exquisita gracia, resaltaba una camelia blanca como el alabastro.

Ernesto no había encontrado nunca tanta hermosura en Marieta.

esto no apartaba de ella los ojos, porque aquella mu-  
jer estaba verdaderamente encantadora. Vestía una pa-  
ta de terciopelo negro con adornos de raso blanco, ce-  
ñida al cuerpo de un modo tan elegante, que dibujaba  
perfectamente sus bellas formas.

Su pelo, negro como el azabache y brillante como  
el acero, la caía formando cuatro tirabuzones sobre los

### CAPÍTULO III

hombres y la espalda. Una multitud de pedruzcos rizos le caía sobre la

frente como una finaísima pluma de espeje, y en medio  
de estos rizos, colgada con eximia gracia, resplandecía

#### Los convidados de Marieta

una carmelita blanca como el azúcar. Ernesto no había encontrado nunca tanta hermo-  
sura en Marieta.

Marieta fué á ocupar una butaca en frente de Er-  
nesto, y como este continuara mirándola como encan-  
tado de tanta belleza, la bailarina le preguntó:

—¿A qué hora has convidado á tus amigos?

—Les he dicho que empezariamos á cenar á la una  
en punto; pero no me impacienta su tardanza, porque  
así me conceden más tiempo para admirar tu hermo-  
sura.

—Aún no son más que las doce y media... Pero  
¡calla! oigo el ruido de un coche que se detiene á la  
puerta. ¿Serán ellos?

—O ellas, porque tambien esperamos á tus amigas.

Un momento despues, se presentaban en la puerta  
del comedor Margarita Max y Laura Pitt.

Las dos bailarinas arrojaron sus anchos abrigos so-  
bre un sofá, y fueron á besar á su amiga.

Iban vestidas de azul; habian escogido el color favorito de las rubias y de las blancas.

La hermosura de estas muchachas era ménos brillante que la de Marieta, pero no por eso carecian de encantos y atractivos.

—¡Oh! ¿quién te ha dicho, querida Marieta, que mi comida favorita es la cabeza de javalí con trofas?— preguntó la alemana.

—Y la mia los faisanes,—añadió la inglesa.

—Entonces me doy la enhorabuena por haberos acertado el gusto.

—Pero ¿dónde están esos señores que van á tener la honra de cenar con nosotras?—preguntó Margarita.

—No pueden tardar; les he citado para la una de la madrugada.

—Entonces no habrá más remedio que esperar la hora convenida,—repuso Laura.

—¿Supongo que serán amigos tuyos?

—Son amigos del baron; es lo mismo.

—¿Y cómo se llaman?

—Ernesto, ten la amabilidad de contestar á mis amigas.

—Uno de ellos,—contestó Ernesto, que hasta entonces no habia tomado parte en el diálogo,—es el marqués del Portillo; el otro, el coronel Carranza.

—¡Ah! le conozco,—exclamó la alemana,—y prefiero el coronel para mí, pues me gustan mucho los militares.

—¿Sabes, Margarita, que eso es una injusticia?—añadió la inglesa.

—¿Por qué?

—Toma, porque eliges á tu gusto, dejándome á mí á un aristócrata enclenque y enfermizo.

—Te dejo á un rico, y me quedo con un pobre; no creo que debes tener queja de mí.

—Es que aquí no se trata de hacer fortuna, sino de cenar bien, y yo creo que el señor marqués del Portillo, á juzgar por su semblante pálido y su demacra-  
cion, debe hacer muy mal las digestiones.

Esta ocurrencia de lady Pitt hizo reir á sus amigas y sonreir á Ernesto.

—Así pues, mi opinion, ajustada á la legalidad, se reduce á que la suerte decida.

—Como gustes; no es mi ánimo indisponerme con-  
tigo.

—Pondremos, pues, en dos pedazos de papel igua-  
les, en el uno *coronel*, y en el otro *marqués*, y luego la  
suerte decidirá quién ha de ser esta noche nuestro com-  
pañero de mesa.

—Aceptado.

—Veo que están ustedes echando las cuentas sin la  
huéspedada.

—¿Y por qué, baron?

—Porque sería más lógico dejarles á ellos la elec-  
cion.

—¡Bah!—repuso Margarita, haciendo una mueca  
encantadora con los labios;—no se trata de un amante  
para quince dias, sino para quince minutos, y yo no  
creo tan mal educados al coronel ni al marqués, que  
rechacen á alguna de nosotras, cuando al asomar por

esa puerta nos colguemos cada una del brazo de aquel que nos haya tocado en suerte, diciéndole: —

—Esta noche va usted á cenar á mi lado.

Ernesto, convencido de las poderosas razones que le daba Margarita, escribió los nombres de sus amigos en dos pedazos de papel, los dobló metiéndolos luego en un sombrero, y presentando este á las bailarinas, dijo: —

—La suerte decida.

La alemana vió coronados sus deseos por la suerte, pues le tocó el coronel Carranza, y la inglesa tuvo que resignarse con el marqués del Portillo.

A la una ménos cuarto, un camarero anunció la llegada de los dos convidados.

El baron suplicó á las bailarinas le dejaran solo cinco minutos con sus amigos, y las tres salieron precipitadamente por una puerta de escape.

Ernesto deseaba saber con qué condiciones se habia arreglado el duelo.

—¡Qué solo estás, baron!—dijo el marqués entrando.

—¿Cómo vamos á comer todo esto sin auxilio del bello sexo?—añadió el coronel.

—No, amigos míos, nuestras musas acudirán á mi voz tan pronto como me deis cuenta de la comision que os he encargado esta noche,—repuso Ernesto.

—La comision se reduce sencillamente á estas palabras: que te bates á las ocho de la mañana á pistola, á veinte pasos, avanzando cinco más despues de hecho el primer disparo; el sitio, en la dehesa de los Carabancheles.

—Perfectamente.

—El marqués lleva en el bolsillo el acta extendida, á la que sólo falta tu firma.

—La pondré en el acto.

Y mientras el baron firmaba el acta, el marqués, dirigiendo una mirada á aquella mesa, cargada por todas partes de botellas, dijo:

—Creo, querido Ernesto, que haces muy mal en cenar fuerte esta noche; porque á juzgar por los preparativos que se extienden por esa mesa, no han de quedarte muchas horas para entregarte al descanso.

—No pienso dormir; desde aquí nos iremos á los Carabancheles á terminar el asunto del duelo.

—Sin embargo, el descanso es muy útil para el que va á batirse: tiene el pulso más sereno.

—¡Bah! los hombres como yo, lo dejan todo al capricho de la suerte, y aprovechan los pocos instantes de placer que les proporciona la vida. Prohibo, por lo tanto, que me habéis una palabra de lo que puede sucederme dentro de algunas horas. Lo único que deseo es que reine el buen humor en derredor de esta mesa. Disfrutemos, pues, de la vida hasta las siete de la mañana.

Y tirando del llamador de la campanilla, dijo á Ventura, que se presentó á recibir órdenes:

—Ventura, á las seis en punto, que esté mi carretela á la puerta de esta casa. Dejarás en ella mi caja de pistolas, y á las seis y media, sin que te detenga ninguna consideracion, entrarás á decirme estas palabras: «Es preciso partir, señorito; ha sonado la hora.» Puedes retirarte, y no olvides mi encargo.

Ventura salió del comedor.

—Ahora, señores, voy á buscar á nuestras ondinas para que comience la fiesta.

Y Ernesto salió por la misma puerta de escape por donde poco antes habian desaparecido las tres bailarinas.

—El baron es un verdadero calavera,—dijo el marqués;—despues de una cena con todo el carácter de una orgía, un duelo á muerte. Yo confieso que no haria otro tanto.

—¡Bah! el baron es valiente y diestro; todas las probabilidades están en favor suyo.

—Pero y si los vapores del vino trastornan su cabeza, ¿qué diablo de seguridades quieres que tenga con la pistola? Gracias que en vez de herir á su contrario, no nos hiera á nosotros.

—Es que en ese caso el duelo se aplazaria para cuando estuviera sereno.

—¿Y puedes tú asegurar que nosotros no nos encontremos en muy mal estado para ser padrinos? Vuelvo á repetirlo, esta cena es inoportuna.

—Querido marqués, á lo hecho pecho. Los dados están echados, la jugada no puede detenerse, y no olvides que el baron desea que no se hable del duelo en derredor de esta mesa.

—¡Plazo á la hermosura y á la gracia!—gritó Ernesto, entrando en el comedor con las tres bailarinas.

El coronel y el marqués corrieron á su encuentro.

—Un momento, señores,—repuso el baron.—Yo me he tomado la libertad de elegir á cada uno de vosotros

la señora á quien debeis obsequiar esta noche, y creo que no me desairareis.

—¡Oh! de ninguna manera, —exclamó el marqués, cuyos ojos se fijaron de un modo demasiado vivo en Marieta. —Ni el mismo Apolo seria capaz de decir cuál de estas tres hadas es la más bella.

—Querido Carranza, da el brazo á Margarita Max, que es tu pareja: marqués, tú serás el caballero de Laura Pitt; procura que Inglaterra no quede descontenta de tí. Yo, á fuer consecuente, me quedo con Marieta, y continúo mi alianza con Francia. Ahora, señores, á la mesa; abramos esta discusion gastronómica con una copa de Bermut, ese vino que honra á Italia, y unas cuantas docenas de ostras.

Y Ernesto, tirando del llamador de la campanilla, mientras sus amigos se sentaban á la mesa, dió orden para que los camareros comenzaran á servir la cena.

## CAPÍTULO IV

### Durante la cena

Para cenar bien sin preocupar la imaginación con las condiciones higiénicas de ciertos manjares, se necesita tener un estómago fuertemente educado, y generalmente acontece, que individuos de organización débil, como si la naturaleza quisiera recompensarles en algo, les concede un estómago que tiene alguna analogía con el del avestruz, que lo digiere todo sin tomarse el trabajo de ocuparse de que la digestión tiene sus horrores, que muchas veces proporcionan ratos malísimos.

Comer ostras, trufas y langosta después de las doce de la noche, es una verdadera imprudencia, que á algunos hombres que yo conozco sólo de pensarlo se les erizaría el cabello.

Peró los convidados de Marieta tenían tan buen apetito y tan privilegiados estómagos, que ni siquiera

se ocuparon por un instante de que los cólicos existían en el mundo.

Comenzaron por devorar algunas docenas de ostras, humedecidas con otra docena de copas de vino de Borgoña.

Terminadas las ostras, comenzó, por decirlo así, la cena. Al principio se comió mucho y se habló poco, y si se exceptúa alguno que otro chiste perdido y alguna que otra fineza tributada por los caballeros á las damas, nada de particular ocurrió en aquella mesa durante los cuatro primeros platos.

Cuando los estómagos comenzaron á sentirse satisfechos y el primer taponazo del Champagne saltó por el aire, entonces la conversacion comenzó á ser más amena, las fisonomías se pusieron más alegres, los ojos más vivos y las imaginaciones, aromatizadas por los vapores del vino, se mostraron más fecundas y más ingeniosas.

El coronel Carranza era un hombre robusto, bebedor como Marco Antonio, y pronto su fisonomía adquirió un tinte rubicundo, como si la sangre quisiera saltarle por todos los poros.

Ernesto permanecía puede decirse que impassible. Abusaba poco del vino, recordando sin duda que dentro de poco tenía que batirse á muerte.

En cuanto al marqués del Portillo, á pesar de las frecuentes libaciones, los vapores del vino no habían logrado desvanecer la lívida palidez de su rostro; sólo sus ojos se enrojecían y empequeñecían, porque la naturaleza enfermiza del marqués no dejaba traspasar la

vida á través de la epidermis, y lo mismo se encontraba al levantarse del lecho que al terminar una orgía. et

Esto en cuanto á los hombres. Las damas comenzaban á sentir con mayor viveza las influencias del vino, y particularmente Margarita, la alemana, cuyo hermoso rostro, convertido en una amapola, sacudia sus abundantes cabellos rubios, como si todo molestara á su cabeza loca.

— Aquellos preludios de embriaguez, indicaban que el vino de Margarita Max era un vino alegre. Laura Pitt, por el contrario, más silenciosa, exhalaba profundos suspiros, murmurando en voz baja:

— ¡Oh! ¡el Champagne, el Champagne! ¡el rey de los vinos!

En cuanto á Marieta, no hacía más que reirse, viendo en tan buen camino á sus amigas.

De repente la alemana dió un ruidoso beso en una de las rojas mejillas del coronel Carranza, y poniéndose en pié, cogió una copa de Champagne y dijo:

— ¡Brindo por el primer poeta del mundo, por aquel que desde las orillas del Rhin inmortalizó mi nombre creando el tipo de la mujer enamorada! ¡Brindo por Goëthe, por el autor del *Faust*!

Ernesto, el marqués y el coronel Carranza se levantaron aceptando el brindis; pero al mismo tiempo extendió el brazo con actitud trágica Laura Pitt, y dijo:

— ¡Yo no puedo aceptar ese brindis, porque el primer poeta del mundo es inglés! ¡Brindo por Sakespeare, por Milton, por Byron!

—Marieta no quiso que Francia dejara de tomar parte en aquella lucha, y levantando una copa, exclamó:

—Ni Alemania, ni Inglaterra: ¡brindo por Francia, que marcha al frente de la civilización y del escándalo! ¡Brindo por Francia, donde nacieron Racin, Corneille y Voltaire! ¡Brindo, en fin, por la tierra del cancan y de las entretenidas!

—Sí, sí, ese es el brindis que debemos aceptar, — exclamó el coronel Carranza, dominando con su voz la de las bailarinas, que comenzaban á disputar unas con otras.

—¡Gloria á Goethen!—exclamó la alemana, vaciando la copa.

—¡Gloria á Sakespeare!—repitió la inglesa, imitándola.

—¡Gloria á Racin!—añadió Marieta.

—¡Gloria al amor!—dijo el baron, soltando una ruidosa carcajada, —¡porque el amor es la vida del alma, el bello sol que disipa las nubes de la existencia, la alegría de las noches, y el balsamo de la amargura!

—Sí, sí, ¡gloria al amor!—repitieron todos, llenando por segunda vez las copas.

El amor es cosmopolita, como todas las pasiones que conmueven y agitan el corazón. Hijo de la naturaleza, apenas existirá un grano de tierra en el Universo que no haya sido testigo de alguna escena de amor, porque él es la vida, la luz, el calor de la existencia; tiene su lenguaje particular, que no necesita de la palabra para expresarse, y puede decirse que, como la

música, su lenguaje es universal, porque hiere directamente á las almas, á los corazones.

Por eso el brindis de Ernesto fué aceptado con entusiasmo por los que se hallaban sentados con él al rededor de aquella mesa.

El Champagne, vino de los sueños de color de rosa y del amor, comenzó á ejercer su influencia entre los convidados de Marieta.

Las horas trascurrían alegres y rápidas, porque un beso, una sonrisa, una mirada, una palabra pronunciada en voz baja, son flores de la vida que embellecen la existencia.

Marieta, que era, por decirlo así, la persona más sensata de aquella alegre reunion, y que estaba más serena que todos, comprendió que si continuaban las libaciones de Champagne en la misma proporción que habian comenzado, su amante no podría acudir al duelo con la vista serena y el pulso tranquilo.

Sabia, por otra parte, que Ernesto era valiente, y por ningún concepto esquivaría el desafío.

Así es que, levantando la voz para dominar las carcajadas y bulliciosa alegría que reinaba en torno de la mesa, dijo:

—Señores, mi reloj marca las cinco ménos cuarto; basta de Champagne.

—Si nos prohibes el Champagne,—exclamó la alemana,—podremos llamarte verdugo de nuestra alegría. ¡Viva el Champagne!

—Vosotras podeis beber cuanto os plazca; toda esa batería de botellas es vuestra; apuradla y emborrachaos

en buen hora; pero Ernesto y estos señores no deben beber ni una copa más. Dentro de dos horas, el baron de Labra debe batirse con un hombre, y necesita tener despejada la vista y la cabeza serena.

Esta prudente advertencia de Marieta fué acogida con muestras de aprobación por sus convidados, exceptuando Margarita Max, la alemana, que se encontraba en un estado muy poco á propósito para dedicarse á prudentes reflexiones.

—Te agradezco el interés que por mí te tomas, Marieta; pero tranquilízate: la pistola no temblará en mi mano; he tenido presente que debo batirme, y no he abusado del vino.

—Una gota acaba de llenar la copa, haciéndola rebosar. Yo te ruego que no bebas más, y como supongo que tendrás que decirme algo antes de separarte de mí tal vez para siempre, yo ruego á estos señores nos permitan abandonarles por algunos momentos.

Y Marieta, levantándose, cogió del brazo á Ernesto, y sacándole del comedor, le condujo á su gabinete.

Dejemos por un momento en el comedor al coronel y al marqués, á la alemana y á la inglesa, y sigamos á Marieta y Ernesto.

Marieta, es preciso confesarlo, tenia un vivo interés en que su amante saliera victorioso del peligroso lance en que se hallaba empeñado.

Sobre un elegante velador, Ernesto vió un pequeño juego de café de China, donde humeaba, exhalando aromáticas emanaciones, el rico cocimiento de Moka.

—¿Qué es esto? ¿me conduces á tu gabinete para que tome café de nuevo?

—Sí, para que tomes un café que he mandado preparar, que te despejará por completo la cabeza; porque nadie en el mundo, Ernesto mio, me inspira tanto interés como tú. Siéntate pues, y tomemos un par de tazas de este cocimiento.

Ernesto se sentó en una butaca, y Marieta sirvió dos pequeñas tazas de café.

—Cuando el baron probó el primer sorbo, hizo un gesto desagradable, diciendo:

—¡Diantre! esto es amargo como el absintio, y no veo por aquí nada con que endulzarlo. ¿Dónde está el azúcar?

—Se prohíbe el azúcar, amigo mio. Es preciso que hagas este pequeño sacrificio.

—Como quieras; no quiero que me taches de poco galanté en estos momentos.

Y Ernesto, haciendo un esfuerzo, vació de dos sorbos la taza.

Marieta imitó á su amante, volviendo á servir una segunda taza.

—¡Oh! veo que te has propuesto amargar mi existencia,—añadió Ernesto, sonriéndose y rodeando cariñosamente con su brazo la cintura de la bailarina.

—Me he propuesto que vayas á ese maldito lance perfectamente despejado; quiero que salgas victorioso, porque mi amor está interesado en ello, porque yo no he sabido lo que te queria hasta esta noche que está tu vida en peligro.

—Ya procuraré defender mi existencia, aunque no sea por otra cosa que por el interés que ella te inspira.

—Yo bien sé que dentro de algunas horas, cuando te halles vencedor, olvidando á Marieta, irás á prostrarte á los piés de Clotilde de Lostan, tu prometida.

—No es esta la ocasion oportuna para recordarme mi proyectado matrimonio, hijo del interés y no del amor. Si yo amara á Clotilde de Lostan tanto como te amo á tí, no hubiera pasado la noche á tu lado: no quiero, pues, oír en tus labios reconvenciones, sino palabras de amor. ¿Quién sabe lo que el porvenir me reserva? Me quedan escasamente cuarenta minutos que pasar á tu lado: demos, pues, al olvido todo cuanto existe fuera de este gabinete.

Marieta reclinó su hermosa cabeza sobre el pecho de su amante. Dos lágrimas se desprendieron de sus ojos. En aquel momento era indudable que la bailarina sentia un vivo interés por su amante. Aquella voluble mariposa de los bastidores, ante el peligro de su amante, se sentia verdaderamente impresionada.

—Estamos conformes, querido doctor. Apenas ha-  
bré un hombre honrado en el mundo que no esté en  
contra de los duelos, en los que siempre hay gran de-  
sigualdad; pero el hombre, animal incorregible, obe-  
diendo á esas leyes de un bal honor, seguirá  
batándose, muchas veces por causas fútiles, mientras  
el sol derrama sobre la tierra bastante calor para dar  
vida á los seres que le pueblan. Así pues, no nos con-  
temos de regerlos, y vuelvo á suplicar-  
le que me acompañe, á mi lado el doble esfuerzo de testigo y mé-  
dico.

## CAPÍTULO IV

### Dar en el blanco

Mientras tenían lugar las escenas descritas ligeramen-  
te en casa de Marieta la bailarina, el duque de San  
Plácido lo había dispuesto todo para el desafío que  
ante la luz del nuevo día iba á tener lugar en la dehesa  
de los Carabancheles.

Mientras Julio fué á decir á su madre que le to-  
caba de guardia aquella noche en la oficina, y que  
por consiguiente no dormía en casa, el duque se dirigió  
en busca del doctor Mendez, para rogarle que le acom-  
pañara como testigo y como médico al duelo convenido.

El doctor Mendez era enemigo declarado de los  
desafíos.

—Nunca hay razon para que dos hombres se maten.  
Yo creo que en el mundo, ó sobran las leyes, ó sobran  
las armas,—dijo Mendez al duque.—Pero los hombres,  
cegados por su soberbia y por la impaciencia, acostum-

bran á tomarse la justicia por su mano, y esta precipitacion hace que muchas veces sucumba el inocente y quede triunfante el verdadero culpable.

—Estamos conformes, querido doctor. Apenas habrá un hombre honrado en el mundo que no esté en contra de los duelos, en los que siempre hay gran desigualdad; pero el hombre, animal incorregible, obediendo á esas leyes que se llaman del honor, seguirá batiéndose, muchas veces por causas frívolas, mientras el sol derrame sobre la tierra bastante calor para dar vida á los séres que le pueblan. Así pues, no nos ocupemos de regenerar la humanidad, y vuelvo á suplicarle acepte á mi lado el doble encargo de testigo y médico.

—Pero usted ha meditado que ese pobre muchacho...

—¡Oh! no tanto, no tanto como usted cree, querido doctor; y estoy seguro que se batirá con admirable serenidad.

—Sí, sí, no lo dudo; pero ese canallita de Ernesto es muy diestro en el manejo de las armas.

—El mal no tiene remedio, señor Mendez. Julio faltó en público de una manera grave al baron, y es preciso que se batan. Yo me conduelo tanto como usted de este lance; pero es preciso llevarlo á cabo, resulte lo que resulte. Vendremos á buscarle á usted á las seis de la mañana. No olvide usted su botiquin, porque indudablemente se derramará sangre.

Quando el duque regresó á su casa, serian las doce y media de la noche. Julio le esperaba en su gabinete.

—¿Ha ido usted á despedirse de su madre?

—Sí, la pobre nada sospecha: la he dicho que estaba de guardia en la oficina.

—Más vale así,—añadió el duque;—hubiera sido una crueldad hacerla sospechar...

—Por eso he preferido que me dé usted por algunas horas esta noche hospitalidad en su casa. Ahora, señor duque, sólo me resta suplicarle que entregue esta carta á mi hermana, en el caso de que el baron lleve la mejor parte en el duelo.

El duque guardó la carta que le entregaba Julio, y luego dispuso que les sirvieran una cena ligera.

Durante la cena, apenas hablaron alguna que otra palabra de importancia. Luego el duque aconsejó á Julio que se acostase para descansar un par de horas.

Julio accedió á las súplicas de su amigo.

El hermano de Blanca no se habia batido nunca, y sin embargo, su corazón estaba tranquilo, su espíritu sereno.

Después de pensar algunos momentos en Clotilde, un sueño dulce y reparador cerró sus párpados. El duque, por el contrario, estuvo dando paseos por su gabinete más de una hora. Comprendia el peligro que amenazaba la vida de Julio, y aquel joven generoso, que se sacrificaba por salvar á Clotilde, le inspiraba el interés de un hermano.

A las dos de la madrugada llamó á su ayuda de cámara, y le pidió su caja de pistolas; las estuvo examinando con detencion, y luego se hizo servir una taza de café.

El duque se habia propuesto no dormir; pero las

horas tienen una duracion insoportable cuando la impaciencia se agita dentro de nuestro sér.

Terminada la taza de café, encendió un tabaco y fué á sentarse en una butaca junto á la chimenea.

De repente se acordó de la proposicion que habia hecho á Julio, y abandonando la butaca, fué á sentarse en el sillón de su mesa de despacho.

Antes de ponerse á escribir, se dijo hablando consigo mismo:

—Si tengo la desgracia de que mi ahijado muera en el lance, su madre será mi madre, su hermana será mi hermana.

Y cogiendo la pluma, se puso á escribir una carta de recomendacion, larga y detallada, para uno de sus amigos de Méjico.

A las seis ménos cuarto, el duque entró en la alcoba donde se hallaba descansando Julio. Dormia profundamente.

El duque le estuvo contemplando algunos segundos, porque aquel sueño tranquilo era indicio de que el corazon de su amigo se hallaba sereno.

Despues se acercó al lecho, y dijo:

—Julio, se aproxima la hora; es preciso partir.

Julio se incorporó sin sobresalto; saludó con una sonrisa al duque, y bajó con ligereza de la cama, donde se habia acostado vestido.

Le bastaron algunos minutos para lavarse y componer su traje.

—Estoy á las órdenes de usted, señor duque,— dijo.

— El duque condujo á Julio hasta su despacho, en donde un criado habia servido el té.

Lo tomaron. Poco despues, la carretela del duque de San Plácido, tirada por dos poderosas yeguas, se detenia delante de la puerta de la casa del doctor Méndez.

Este, que ya esperaba á sus amigos, bajó, llevando su caja botiquin debajo del brazo.

—¿Conque no hay remedio?—dijo entrando en el coche.

—Ninguno, querido doctor; es preciso batirse,— contestó Julio sonriéndose.

—Entonces, que Dios proteja á mi ahijado.

El coche partió al trote en direccion á los Carabancheles.

—Ya sabe usted, querido Julio, que el desafío se ha convenido á pistola,—dijo el duque, dando á sus palabras la gravedad propia de las circunstancias.

—Sí, lo sé; y me alegró infinito que se haya elegido ese arma; con el florete, el baron se hubiera reido de mí. Con la pistola ya es distinto; he hecho algunos ejercicios, y como tengo la seguridad que no me temblará la mano, es más igual el lance.

—Las condiciones son á veinte pasos; pueden ustedes hacer fuego simultáneamente al oír la tercer palmada; pero si uno de los dos no dispara al terminar la señal, puede avanzar cinco pasos en línea de combate, y disparar entonces.

—Eso precisamente pienso hacer yo; esperar el balazo á los veinte pasos, y devolverlo á los quince.

—Pero eso es muy arriesgado,—dijo Mendez.—  
Puede el baron dar en el blanco, y entonces...

—Entonces, él habrá ganado.

—Yo soy de opinion, que dispare usted tan pronto  
como oiga la última palmada,—añadió el médico.

—Sí, sí,—eso es lo más cuerdo,—repuso el du-  
que.—Perfilar bien el cuerpo, dejando el menor blanco  
posible al contrario; dejar caer la muñeca en línea de  
combate á la primera palmada, y hacer fuego tan pron-  
to como suene la última.

—¡Bah! no nos ocupemos de eso, señores: todo  
cuanto se combine antes del momento supremo, es  
inútil.

El coche del duque llegó al punto de la cita media  
hora antes; es decir, á las siete y media.

Eran los primeros. La mañana estaba serena, tran-  
quila, aunque se dejaba sentir un poco el frio.

Mientras el doctor y Julio hablaban de la belleza  
del sol que lo hermoseaba todo, llenándolo de alegría  
con sus rayos, el duque comenzó á elegir el sitio más  
conveniente para el combate.

El coche se habia quedado á unos trescientos pasos  
del sitio en que ellos se hallaban.

De vez en cuando, el duque dirigia los ojos á Ma-  
drid, esperando ver el carruaje en donde debian venir  
Ernesto y sus padrinos.

Por fin, un coche se distinguió á lo lejos, que to-  
mando la direccion hácia el punto en que se encontra-  
ban, no tardó mucho en detenerse junto al carruaje del  
duque. Eran Ernesto y sus padrinos.

No tardaron mucho en reunirse con el duque y sus amigos.

—Estoy á las órdenes de ustedes,—dijo el baron de Labra, saludando con el sombrero.

El baron estaba más pálido que de costumbre, tenia los ojos enrojecidos; el marqués del Portillo, lívido como un cadáver; el coronel Carranza, por el contrario, le saltaba la sangre por todos sus poros.

Habia algo en aquellas tres fisonomías, que indicaba el desórden de la orgía.

El doctor Méndez, con su fria é investigadora mirada, observó que la cabeza de Ernesto no se mantenía muy firme sobre sus hombros; pero no podía asegurar si aquella yacilacion era hija del miedo ó de la embriaguez.

De estas observaciones le distrajo la voz del duque, que le llamó para que, en union de los demás padrinos, se examinara el terreno donde debian batirse, y se examinaron y cargaron las pistolas.

Mientras duraron estos preparativos, practicados siempre con escrupulosa conciencia, el baron, apoyado en un árbol, silbaba un aire de la *Norma* con marcada indiferencia, y Julio, á veinte pasos de distancia, permanecía inmóvil con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Cuando ustedes gusten, señores,—dijo el duque, presentando las culatas de las pistolas á Julio y Ernesto, que cada cual tomó la suya, colocándose en el sitio que le designaron.

Julio se puso perfectamente perfilado, con el cañon

de la pistola á la altura de la frente; el baron, por el contrario, se colocó de frente, con el brazo caído en línea de la pierna y la boca de la pistola mirando al suelo.

—Señor baron,—dijo el coronel Carranza,—tenga usted la bondad de perfilar el cuerpo y resguardar la cabeza con la pistola.

—¡Bah! haced la seña, y acabemos pronto.

El coronel quiso insistir, porque la verdad era que el baron presentaba todo el pecho ante la pistola de su enemigo; pero Ernesto le tranquilizó, diciéndole que hicieran la seña, que á él le bastaba un segundo para colocarse bien.

Durante este pequeño altercado, Julio permaneció inmóvil, firme como una roca.

El duque, que tenia en él fijos los ojos, observó que permanecía sereno; más pálido, más conmovido estaba el doctor.

Sonó la primera palmada. El baron permaneció sin cambiar de postura. Sonó la segunda, y entonces levantó el brazo, apuntando á su contrario.

El coronel temió que cometiera alguna imprudencia, disparando antes de la seña convenida, y dió la terrera palmada con precipitación.

Ernesto hizo fuego; su bala pasó rozando una de las sienas de Julio, chamuscándole el cabello; pero Julio permaneció firme como una roca y sin disparar.

Entonces avanzó cinco pasos con una pausa, con una calma abrumadora para los padrinos de Ernesto.

El baron vió acercarse á su enemigo con una son-

risa en los labios, que no era por cierto hija de la serenidad de su espíritu.

Julio se detuvo, bajó la muñeca é hizo fuego.

Ernesto giró rápidamente dos veces sobre sus talones, y cayó desplomado al suelo como herido por un rayo.

Todos, exceptuando Julio, corrieron á su lado.

El doctor Mendez llegó el primero, se arrodilló á su lado, y comenzó á reconocerle el cuerpo.

—¿Está muerto?—preguntó el coronel.

El doctor no hizo caso de esta pregunta. Desabrochó el chaleco de Ernesto, y viendo una ligera mancha roja en el pecho, dijo despues de aplicarle la mano sobre el corazon:

—No, aún vive. Las heridas de arma de fuego son altamente contusas, y producen una lipotimia ó desmayo.

—¿Pero es grave la herida, es de muerte?—preguntó el duque con impaciencia.

—Sólo puedo decir que el proyectil ha entrado por encima del borde de la quinta costilla, y mucho me temo que haya fracturado el esternon por su parte interior. Conque así, señores, no hay que perder tiempo; es preciso conducir al baron á su casa. Aprovechemos estos instantes en que la contusion contiene la hemorragia, que segun creo, no se hará esperar mucho.

El baron fué conducido al coche; continuaba desmayado; su herida, cerrada, no arrojaba ni una sola gota de sangre.

Al colocarle del mejor modo posible en los almoha-

dones del coche, permanecía con los ojos cerrados y lívido como un cadáver.

El médico y el coronel Carranza se encargaron de conducir al herido á su casa.

El duque, el marqués y Julio, montaron en el otro carruaje.

Sigamos nosotros el coche que conduce al herido.

El doctor Mendez llegó el primero, se arrojó á su lado, y comenzó á reconocerle el cuerpo. —¿Está muerto?—preguntó el coronel.

El doctor no hizo caso de esta pregunta. Desbrochó el chaleco de Ernesto, y viendo una ligera mancha roja en el pecho, dijo después de aplicarle la mano sobre el corazón:

—No, aún vive. Las heridas de arma de fuego son altamente contusas, y producen una hipotimia ó desmayo.

—Pero es grave la herida, es de muerte—preguntó el duque con impaciencia.

—Sólo puedo decir que el proyectil ha entrado por encima del borde de la quinta costilla, y mucho me temo que haya fracturado el esternon por su parte interior. Conque así, señores, no hay que perder tiempo; es preciso conducir al baron á su casa. Aprovechamos estos instantes en que la contusion contiene la hemorragia, que según creo, no se hará esperar mucho.

El baron fué conducido al coche; continuaba desmayado; su herida, cerrada, no arrojaba ni una sola gota de sangre.

Al colocarle del mejor modo posible en los almohadas

## CAPÍTULO V

## Donde el doctor Mendez hace su pronóstico

Ernesto continuaba desmayado; el doctor le pulsaba con frecuencia, meneando en señal de disgusto la cabeza.

El coronel Carranza, mudo, silencioso, no apartaba los ojos de su ahijado, á quien creía gravemente herido.

Cuando el carruaje entró en Madrid, el movimiento de las ballestas se hizo más vivo por el empedrado de las calles, y entonces Ernesto abrió los ojos, exhalando un suspiro.

—¡Ah, gracias al diablo!—exclamó Carranza, apoderándose de una de las manos que le tendía el baron.

Ernesto se sonrió ante aquella franca exclamacion de su amigo; pero inmediatamente le sobrecogió un golpe de tos, y algunos esputos de sangre asomaron á sus labios.

—Creo que estoy herido de muerte,—dijo Ernesto,

volviendo á cerrar los ojos y reclinando de nuevo la cabeza sobre los almohadones.

En este momento comenzó la hemorragia de la herida.

El doctor aplicó un pañuelo para contener la sangre, mientras el coronel Carranza, asomándose por la portezuela, le dijo al cochero que avivara los caballos.

Cuando llegaron al palacio de la Fuente Castellana, serian las nueve ménos cuarto.

Ventura se hallaba paseando á la puerta, esperando á su amo con impaciencia.

Ernesto ocupaba el entresuelo del palacio; su tío don Joaquin el piso principal.

El baron fué conducido por los criados hasta su cama. Le desnudaron, y entonces el doctor Mendez pudo reconocer perfectamente la herida.

No se habia engañado, era grave. El proyectil habia penetrado en el pecho por encima del borde de la quinta costilla, á dos pulgadas del esternon, y como la direccion de la herida era de arriba abajo por uno de esos caprichos tan frecuentes en las armas de fuego, la bala, despues de recorrer el borde de la indicada costilla, habia herido la pleura y el pulmon, saliendo una pulgada más abajo del agujero de entrada, fracturando el esternon por su parte interior y borde derecho, en la parte correspondiente á la insercion de la sexta á la sétima costilla, cuya cabeza habia destruido.

La herida era por consiguiente grave, tan grave que el doctor Mendez, perfectamente enterado de todo

el daño que había hecho la bala, dijo agitando la cabeza:

—Mucho tienen que ayudarme la naturaleza y la juventud para que la ciencia arregle todo lo que ha destruido el proyectil.

El doctor comenzó á hacer la primera cura con la facilidad y ligereza que con su gran práctica había adquirido.

Enteró á Ventura de todo lo que tenía que hacerse con el enfermo, y dijo que volvería á las doce á ver cómo se encontraba.

—Probablemente, cuando se reaccione un poco el enfermo se presentará fiebre con algo de delirio. En ese caso, le dará usted estas bebidas atemperantes, alternándolas con esta mixtura antiespasmódica. Tal vez esta tarde será preciso sangrarle; allá veremos.

El doctor extendió algunas recetas y un plan curativo, y luego, cogiendo su sombrero, añadió:

—Recomiendo sobre todo que se moleste poco al enfermo. Aquí dejo una tarjeta con las señas de mi domicilio para que se me llame si se me necesita.

El doctor salió de la alcoba acompañado del coronel Carranza.

—¿Conque hay tan pocas esperanzas, señor doctor?—preguntó el coronel.

—Muy pocas, amigo mio.

—Y cree usted que vivirá aún muchos días.

—Yo tengo una gran fe en la ciencia, y aún espero mucho de ella y de la juventud del herido.

—¿Luego no morirá hoy?

—Ni hoy ni mañana, ni en quince días, según mi opinión. Demos, por consiguiente, tiempo al tiempo.

Y el doctor, saludando, salió de la habitación, pues tenía impaciencia por decir al duque y á Julio el estado del herido.

Cuando el coronel y Ventura se quedaron solos, este último dijo:

—¿Y qué hacemos ahora, señor coronel?

—¿Qué diablos quieres que hagamos? Cuidar del mejor modo posible al herido, y nada más. El baron ha sido un necio; le dije que perfilara el cuerpo, y no hizo caso de mí; si se hubiera puesto como debía, hubiese recibido la herida en el brazo en vez de recibirla en el pecho. Cuando un hombre se bate, debe precaverlo todo. Pero el mal ya no tiene remedio.

—Nunca hubiera creído que el señorito Julio llevase la mejor parte.

—Por eso conviene siempre ser precavido.

—¿Le parece á usted que suba á decir á don Joaquín la desgracia de su sobrino?

—Tiene que saberla; cuanto más pronto mejor. Yo, mientras tanto, iré á referir lo ocurrido á Marieta la bailarina. La pobre me encargó con las lágrimas en los ojos que le avisara de todo, y estará impaciente. Luego daré una vuelta por aquí, pues mi deber es asistir hasta su última hora á mi ahijado.

—Entonces voy á subir á avisar á don Joaquín.

—Sí; pero no dejes al enfermo solo. Que se quede un criado por si necesita algo.

Carranza se acercó á la alcoba, y como Ernesto

continuaba aletargado, salió de la habitación andando de puntillas.

Ventura llamó á un criado para que se quedara junto á la cama de Ernesto mientras él subía á referir la desgracia á don Joaquín, que estaba muy tranquilo en su gabinete saboreando una taza de café y fumando un rico tabaco habano.

—¡Hola! ¿qué novedad es esta, qué vienes á visitarme tan temprano, Ventura?

Ventura exhaló un suspiro compungido y se llevó las manos á los ojos como para enjugarse las lágrimas.

—¿Qué diablos te pasa? ¿Suspiras y lloras! ¿Te ha despedido el señorito?

—¡Ojalá!—contestó Ventura exhalando un segundo suspiro.

—¿Quieres decir de una vez lo que te sucede?

—A mí no me sucede nada, señor don Joaquín.

—¿Pues á quién?

—Al señorito Ernesto.

—¿A mi sobrino?

—Sí, señor.

—¿Pues qué tiene?

—Le ha sucedido una desgracia, pero muy grande, señor.

—¿Te has propuesto desesperarme, matarme de inquietud! ¿Dónde está Ernesto?

—En su cama herido.

—¿Cómo herido?—exclamó don Joaquín, levantándose precipitadamente de la butaca.

—Tuvo un desafío esta mañana, y ha recibido un balazo en el pecho.

—¡En el pecho! ¿Pero quién le manda á él batirse con nadie? Y tú, bergante, ¿por qué no me has avisado?

Y don Joaquín salió precipitadamente de su habitación, bajó la escalera con toda la ligereza que le permitían sus piernas, y llegó al cuarto entresuelo, murmurando entre dientes:

—¡Oh! juventud, juventud, siempre loca y aturdida.

—Al Cuando don Joaquín entró en la alcoba de Ernesto, este permanecía aletargado.

Ventura le dijo en voz baja:

—El médico ha encargado que no se le moleste, que es preciso mucha tranquilidad, mucha calma.

—Pero, pedazo de animal, ¿por qué no me has avisado cuando estaba aquí el médico?

—Perdone usted, señor; pero al ver llegar al señorito Ernesto herido y desmayado, me aturdí de tal modo, que no supe lo que me hacía; pero el médico ha dicho que volvería á las doce.

Don Joaquín comenzó á dar paseos por el gabinete, gesticulando y murmurando palabras en voz baja, que Ventura no pudo comprender.

De pronto se detuvo y dijo en voz alta:

—Yo me había propuesto terminar mis días sin tener disgustos, sin sufrir incomodidades, sin transformar mi tranquilo régimen, y vea usted por donde.

En este momento se oyó la voz débil de Ernesto, que decía:

OBRA CLASICA

# LAS FABLES DE ESOPHO

TRADUCIDAS DEL GRIEGO POR DON

FRANCISCO DE SAN VICENTE

CON UNO DE LOS DISCURSOS DE LA FABLES DE ESOPHO

Y UNO DE LOS DISCURSOS DE LA FABLES DE ESOPHO

Y UNO DE LOS DISCURSOS DE LA FABLES DE ESOPHO

Y UNO DE LOS DISCURSOS DE LA FABLES DE ESOPHO

## EL TERROR DE LOS PADRES

TRADUCIDA DEL GRIEGO

FRANCISCO DE SAN VICENTE

Y UNO DE LOS DISCURSOS DE LA FABLES DE ESOPHO

FRANCISCO DE SAN VICENTE

## LA CAJALADA

TRADUCIDA DEL GRIEGO

FRANCISCO DE SAN VICENTE

FRANCISCO DE SAN VICENTE

FRANCISCO DE SAN VICENTE

OBRA TERMINADA

# LAS FÁBULAS DE ESOPHO Y DE GOTOLDO EFRAIN LESSING

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO Y ALEMAN

POR

D. JUAN EUGENIO HARTZEMBUSCH Y D. EDUARDO DE MIER

PRECEDIDAS DE UN ENSAYO HISTÓRICO-CRÍTICO SOBRE LA FÁBULA, Y DE NOTICIAS BIOGRÁFICAS SOBRE LOS CITADOS AUTORES

MAGNÍFICA EDICIÓN ILUSTRADA CON MÁS DE CIENTO PRECIOSÍSIMOS GRABADOS DEBIDOS A LOS PRIMEROS ARTISTAS EUROPEOS

La opinión que ha merecido de la prensa en general este precioso libro, nos dispensa el hacer elogios del mismo. Sólo si diremos, que forma un elegante tomo de sobre 250 páginas, todas ellas orladas, tamaño casi folio, en rico papel avitelado.

---

## EL AMOR DE LOS PADRES

NOVELA DE COSTUMBRES

POR

ANTONIO DE PADUA

Magnífica ilustración de láminas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista

D. EUSEBIO PLANAS

---

## LA CARCAJADA

(HISTORIA DE UN BUEN HIJO)

NOVELA DE COSTUMBRES

POR D. ERNESTO GARCIA LADEVESE

Magnífica ilustración de láminas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista D. EUSEBIO PLANAS.